

# EL MONSTRUO DEL BASE-BALL

## Themístocles en Nueva York

Por qué Nueva York, la ciudad imperial, no levantará estatuas a sus peloteros, como Roma la Cesárea, las erigía a sus aurigas y a sus gladiadores?... Así se plasmaría en el mármol y en el bronce, no sólo el entusiasmo unánime que aquí provoca ese deporte, sino también otras excelencias y virtudes que se le achacan.

En efecto, el base-ball parece representar el espíritu del pueblo americano y cultivar y desarrollar sus cualidades esenciales, mejor que las corridas de toros, por ejemplo, traslucen el alma y compendian el espíritu del pueblo español y de nosotros los hispánicos.

De otros deportes de otros pueblos no hay que hablar, pues han perdido su función representativa y son cuando menos anacrónicos. Las carreras de caballos, deporte del pueblo inglés, fueron instituidas para desarrollar la energía y la velocidad en los caballos destinados al servicio de postas y hoy se va a los hipódromos en automóvil y en la locomotora... ¿No es esto redundante? La esgrima, viril deporte francés, fué el arte, por excelencia, de la caballerosidad; pero ¿dónde encontrar caballerosidad en la guerra moderna, a base de competencias mercantiles? Y ¿qué sería de Artagnan cegado por los gases asfixiantes, o del penacho de Cyrano chamuscado por fuegos de aeroplano?

En cambio perduran las virtudes menos heroicas, pero más sólidas, del popular base-ball: cultivo del vigor individual en armónico desarrollo; de las decisiones rápidas; de la agilidad y la audacia; del espíritu de asociación, en fin, que tanta falta nos hace a los latinos del continente... Porque maravilla pensar cómo ese espíritu de asociación tan desarrollado entre los sajones, logrado entre los latinoamericanos, modificaría su política y haría cosa real de sus metafísicas democracias... Desde luego, las minorías militaristas no podrían ya dominar a las

masas enormes de los pueblos, a las que acontece lo propio que Anatóle France observó respecto de los chinos, muy fuertes potencialmente, pero muy débiles en realidad, porque ellos mismos no saben cuántos son...

Tienen pues razón los americanos al estar orgullosos de su viril juego, verdadera almáciga de enérgicas virtudes, y en gozarlo con un entusiasmo que en estos momentos alcanza un clima delirante.

Pienso en todo esto desde un palco del Brush Stadium, popularmente llamado «Polo Grounds», momentos antes de que comience el juego entre dos formidables novenas de la Liga Americana: los «Yanks» de Nueva York y los «Tigres» de Detroit, con el atractivo especial de que figurarán de un lado el estupendo, el monstruoso «Babe Ruth» (un niño que pesa 120 kilos) y del otro el sagaz, infalible y rapidísimo Ty Cobb... Como quien dijera Gouna y Joselito *apretando* en una misma corrida...!

Entretanto el enorme estadio con capacidad para cuarenta mil personas, va llenándose con multitudes que acarrear los trenes elevados, los «subways», los ómnibus... Los dos tendidos superpuestos del gran hemiciclo están ya casi llenos, colmados por un gentío que de lejos hace el efecto de uno de esos ajedrezados, a blanco y negro, tan de moda hoy en la escenografía teatral y en la decoración de interiores. Sólo, aquí y allá resalta el verde azul o el carmín de anilina de un traje mujeril. A los «bleachers» o tendidos de sol acude ahora la multitud rezagada, tan bulliciosa como la de las plazas de toros y a cuyo fondo se levanta el colosal tablero del «score» oficial.

Sobre el diamante de aliñada grama, que por tersa semeja el paño de una mesa de billar, están ya las novenas comenzando la práctica de campo que precede al juego formal. El público apostrofa

o aclama a los jugadores favoritos, tan poco sensibles a la popularidad que ni siquiera se dan por aludidos. Mientras los Yanks «batean» desde el home, los Tigres divididos en dos bandos afrontados, se tiran la pelota con alternada precisión que resulta rítmica y que da a aquellos atletas cierto aire de grandeza antigua en medio de una atmósfera de circo romano. Adivinanse en los gallardos jugadores, musculaturas dignas del clásico «Discóbolo» o del atleta del Estrigilo.

De pronto, una salva de aplausos rompe en un palco y se prolonga por todo el hemiciclo mientras que los concurrentes al tendido de sol vociferan y se agitan delirantes... ¿Qué pasa?... Es que el héroe epónimo, «Babe Ruth» entra al campo... Todas las miradas convergen hacia el lugar por donde pesadamente, con marcha y oscilación elefantinas, avanza el jugador prodigioso. Su altura es descomunal, su torso desmesurado; de las espaldas hercúleas, de los recios hombros arranca la cabeza como un mero accidente, sin cuello, soldada al resto del cuerpo como las de los coleópteros. El héroe no parece darse cuenta de las ovaciones que provoca, del frenesí que su sola aparición determina entre aquella multitud de 40,000 admiradores. Babe Ruth no sucumbirá al vértigo de las alturas, decididamente, ni necesita del esclavo que a la zaga de los triunfantes Césares romanos, les recordaba su esencia mortal... Babe Ruth llega a los cuarteles de su «team», impávido, escoge un bat para su próximo turno; lo examina, lo blande y aun creo que lo hace girar entre los dedos... Poco después se presenta Ty Cobb, pero la ovación que lo saluda, aunque ruidosa, resulta tibia junto a la que provocara el campeón de los Yanks.

A las 2.30, hora reglamentaria, comienza el juego... Haré a los lectores gracia de sus pormenores. El juego, aunque rapidísimo, relampagueante, nervioso, es un juego como todos, que no se sublima sino cuando Babe Ruth va al bat, o cuando Ty Cobb desde el centro del «out field», hace gala de su ojo y de su ligereza cogiendo un vertiginoso «fly».

## LA LIBRERÍA ESPAÑOLA DE MARIA V. DE LINÉS

APARTADO DE CORREOS Nº 314

San José y Cartago

TELÉFONO 38-TELÉGRAFO «LINES»

Acaba de recibir: Blocks para carta, Sobres, Tintas Stafford, Davis y Carter, Pasta blanca en tarritos, Goma

Por cada correo se reciben las novedades literarias españolas y extranjeras

Ultima novela de Hugo Wast: Ciudad Turbulenta, Ciudad Alegre. Léala Ud.